

litaria *Columna Focas*; y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra.

La luna hería de frente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolación; y al contemplarlas allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruina, me parecían tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares. Aquellas tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mutuamente, me hacían la ilusión de tres hermanas que lloran juntas una misma pena. De otras he creído que son blancas vestales que, fieles á su juramento, velan por el fuego sagrado, después de tantos siglos como han trascurrido desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes.

¡Oh! quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo.—La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido.—*Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenía mas vida, existía mas en mi imaginación que la *Roma moderna* que se me apareció un momento después al otro lado de la sagrada cumbre.

Y sin embargo, el panorama que se descubría desde allí era también magestuoso. Casi toda la ciudad papal se extendía por aquella parte, coronada de torres y cúpulas é iluminada por el astro de la noche,—cuyos fulgores reflejaban en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes.

En torno mio se alzaban los palacios que constituyen el *Capitolio* de hoy, dibujados por Miguel Angel: á mi lado campeaba la estatua ecuestre de *Marco Aurelio*: á mis pies empezaban una vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estatuas de Constantino y de su hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *trofeos de Mario*, y con las célebres estatuas colosales de *Castor y Polux*...

Pero todo esto no era nada para mí comparado con la sola idea de que estaba en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua ciudadela de Roma, en el templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la antigüedad divinizó á los guerreros y la edad-media á los cantores; allí donde fue coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde se halla la gran campana que anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro...

Era ya cerca de media noche...

*Jamque quiescebant hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos:*

he vuelto á repetir en aquellos lugares; y

Hanc ego suspiciens, et ab hac CAPITOLIA cernens,

como el infortunado poeta, he exclamado, dirigiéndome, no á los dioses que él

invocaba, sino á él mismo y al César que lo desterraba y á todos los grandes hombres de la antigua Roma:

¡Este salutati tempus in omne mihi!

Después de lo cual he vuelto á tomar el coche, (que había bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera) y me he hecho traer al hotel, á tiempo que la luna se ocultaba en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oído, mas que visto, la célebre fuente del mismo nombre, cuya colosal ornamentación cubre toda una fachada de un palacio.

Por esta fuente fluye hace diez y ocho siglos un río, llamado *Acqua Vergine*, que llega á Roma sobre un acueducto de ocho millas de largo.

El rumor de aquellas aguas que caen de pila en pila, formando numerosas cascadas, era el único rumor que se sentía en la ciudad eterna.

Lo demás yacía en los brazos del sueño ó en el regazo de la muerte.

III.

La Basílica de San Pedro.

Roma 23 de diciembre.

Vengo de ver la *Basílica de San Pedro*, la catedral del mundo.

Si aquella *Iglesia* de que le habló Jesucristo al príncipe de los Apóstoles pudiese representarse materialmente, diría que acabo de visitarla.

La Basílica de San Pedro se ha edificado sobre el *circo de Neron*, donde tantos cristianos sufrieron el martirio, y donde se dice que fue enterrado San Pedro después de padecer muerte en cruz.

Hoy se veneran allí mismo, en un magnífico sepulcro, parte de los huesos del *Pescador*...—Por consiguiente, hasta la alegoría se ha cumplido.—*Pedro* ha sido la primera *pedra* del templo.

Durante algunas horas, no me he atrevido á decidir qué me impresionaba mas en aquellos lugares; si lo que pensaba ó lo que veía; esto es, si la consideración de que me hallaba en el centro y cabeza del mundo católico, al lado del trono de los papas, ó si el aspecto de aquella gran maravilla artística, de aquel magestuoso templo, que no tiene rival, ni acaso lo ha tenido en todo el orbe...

Semejante perplejidad no carecía de fundamento.—La Basílica, bajo el punto de vista del arte, siendo como es tan augusta, tan sublime, tan prodigiosa, no interpreta genuinamente (y ya hablaré de esto mas despacio) los sentimientos, las ideas que acuden allí al alma de los peregrinos...

En este momento me aventuro ya á asegurar que de todas las emociones que he experimentado esta mañana, la mas viva, la mas honda, la mas punzante era la que me causaba la escelsitud moral de aquel templo, su alta significación, lo

que representaba sobre la tierra;—y sin embargo, he admirado también con indecible asombro, aunque profanamente y como artista, la portentosa hermosura y sin igual magnificencia de aquella obra de genios y titanes.—Son impresiones diferentes, y acaso contradictorias; pero inmensas las dos, cada una por su estilo.

Una ordenada y franca relación de cuanto he visto y pensado durante tan solemne visita, te hará comprender todo lo que llevo enunciado acerca de la iglesia de los Papas.—Empiezo, pues.

Esta mañana á las ocho salí del hotel á la plaza de *España* y tomé por la *vía Condotti*, que ya conocemos...

Antes de poner el pie en la calle, había estudiado mi camino en un plano de Roma; había leído la historia de la *Basilica*, y había dispuesto mi corazón á las supremas agitaciones que le esperaban.

Para esto último empecé por recapitular todos mis recuerdos de la niñez y de la adolescencia, evocando todas las venerables imágenes que habían cruzado por mi espíritu siempre que había visto peregrinos procedentes de Roma; siempre que había oído hablar de dispensas, ó sabido de penitentes que andaban centenares de leguas por alcanzar aquí una absolución; siempre, en fin, que había leído la historia de las más célebres excomuniones...

Decía que tomé por la *vía Condotti*.

Esta calle corta el *Corso* en ángulo recto y continúa hacia el Tiber, por cuya margen derecha sigue con el nombre de *vía di Tordinona* (donde se encuentra el *Teatro Apollo*, que es el principal de Roma, y en el que se anuncian óperas y bailes para las próximas pascuas), la cual termina en la *Plaza del Puente de Sant' Angelo*.

En aquella plaza, ó por mejor decir, en aquel puente principia la verdadera Roma papal, la corte de las almas, la *Ciudad Leonina*, llamada así desde que Leon IV incluyó aquel barrio (*il Borgo*) dentro del muro que circumbala á Roma.

La *Ciudad Leonina* se compone de la *Basilica de San Pedro*, el *Vaticano*, los inmensos jardines pontificios (*Giardini Pontificii*), el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Hospital de Santo-Spirito*, el palacio *Torlonia* y unas doce calles que se cortan perpendicularmente.

En aquel barrio vivieron Miguel Angel y Rafael y otros grandes artistas amigos de los pontífices.—Hoy habita allí la mayor parte de la curia romana.

No sin emoción pasé, pues, el magnífico *Puente de Sant-Angelo*.

Entre los innumerables proyectos de solución propuestos por los estadistas para transigir la árdua cuestión del poder temporal, hay uno que consiste en establecer en aquel puente la frontera de los dominios del Papa,—que de este modo quedarían reducidos á la *Ciudad Leonina* y á otro barrio, situado también en la margen derecha de Tiber y habitado por la más baja plebe de Roma, el cual lleva el gráfico nombre del *Trastevere* (1).

(1) Tras el Tiber.

El puente de Sant-Angelo, construido por Adriano para dar paso á su Mau-



Pastor de la campiña de Roma.

soleo, se hundió en el siglo XV (en ocasión que se agolpaba sobre él una inmensa muchedumbre, que volvía de recibir la bendición papal) sepultando bajo sus

arcos ciento setenta y dos personas.—El papa se apresuró á reedificarlo á sus espensas, y dos siglos despues el famoso arquitecto y escultor Bernini lo restauró tal como hoy se halla, colocando en él las colosales estatuas que lo decoran.

Del otro lado del puente se levanta el *Castillo de Sant-Angelo*, antiguo *Mausoleo de Adriano*, en que se hicieron enterrar tambien sus sucesores hasta Setimio Severo.

El *Castillo de Sant-Angelo* es ahora una fortísima ciudadela, que se comunica con el Vaticano por cierta oculta galería, y sirvió de refugio á Clemente VII cuando el condestable de Borbon asaltó á Roma al frente de las tropas de Carlos V.—En una de sus salas fue estrangulado el cardenal Caraffa por órden de Pio IV.—La susodicha galería es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia.

Nada mas grandioso que la alta mole circular de ennegrecida piedra, resto del antiguo mausoleo. Ciertamente, es un sepulcro digno de los emperadores del orbe.

Sobre la fortaleza que ocupa el centro de la magestuosa rotonda, se levanta un *Angel* de bronce dorado, con las alas estendidas.

Este ángel, que da nombre á todos aquellos sitios, recuerda un interesante episodio.—Por los años de 600, una terrible epidemia dieztaba la poblacion de Roma. El Papa, que lo era á la sazón San Gregorio el Grande, recorria la ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el clero romano y de un pueblo inmenso, cuando al pasar cerca del Mausoleo de Adriano, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero transporte.—Acababa de ver en los aires al Angel Esterminador, el cual (dijo) envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir...—Y así fue: la peste concluyó á los pocos dias.—Mil trescientos cincuenta años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal ciudadela el gigantesco ángel que hoy la corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino.

Despues de pasar bajo los muros del castillo, guarnecido de centinelas franceses y dentro del cual resonaban marciales trompetas, penetré en la via de *Bor-go-Nuovo*...—Era el instante crítico y solemne....

Al entrar en aquella calle, insignificante y angosta, pero recta y larga, divisé allá... á su final... la *Plaza de San Pedro*, la portada de la *Basilica*, la ingente *Cúpula*, el arrogante *Vaticano*...

¡Oh momento!...—Yo no sé describir lo que pasó por mi alma!

Solo recuerdo que mi soledad me llenó de tristeza, y que me detuve, y que sentí frio y cansancio, y que hubiera llorado de buena gana...

La calle estaba todavía llena de sombra y humedad.—La plaza, la *Basilica* y el Palacio reverberaban al sol como una ciudad de oro.

Aquella lejana, súbita y radiosa aparicion del Pontificado triunfante, tenia algo de vision celeste.

¡Cuán pronto me consolé!

El aspecto de la cúpula, sobre todo, ensanchaba y levantaba mi corazon...

No puedo espresar de otra manera lo que al verla me sucedia.

Entonces logré ya reflexionar y darme cuenta de mis impresiones.

La brillante decoracion que tenia en frente era el estrado del mundo católico, el tribunal de las conciencias, el arca de la fé.

¿Y yo? ¿quién era?

En aquel momento no lo sabia.—Apelo á Dios, que veria en el fondo de mi alma mis leales intenciones.

Pero ello es que estaba contento, y que apresuré el paso, con viva ansia de llegar pronto á aquella region de luz y de santidad.

Y ¡cuán larga se me hizo la sombría calle!

A medida que yo andaba, la catedral crecia, la plaza se ensanchaba, la cúpula se perdia en los aires; desarrollábase ante mis ojos la inmensa mole del Vaticano, del palacio habitado por Pio IX; veia brillar el agua de las fuentes; distinguia con mas precision las estatuas, y contemplaba, en fin, con mayor asombro el misterioso *Obelisco*.

Por último, entré en la plaza.

Pasmo, devocion, respeto, admiracion, alegría, todo lo experimenté á un tiempo mismo.

Y ¿cómo no?

Me hallaba en frente, no de una iglesia mas ó menos insigne, sino de la *IGLESIA* misma, de la Iglesia que se me apareció al cruzar la campiña de Roma; de la mística *Ciudad* de San Agustín; de la congregacion de los fieles cristianos! —Estaba viendo el templo-palacio y el palacio-templo; *San Pedro* y el *Vaticano*; la catedral y el alcázar reunidos en una sola morada, en que vive y reina la cabeza visible de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo!...

Pero describamos ante todo la forma material de aquel cuadro.

Tenia delante de mis ojos una estensísima elipse formada por dos galerías semicirculares, compuestas de cuatro hileras de colosales columnas y coronadas de enormes estatuas.

Esta elipse, rota en el fondo, daba paso á otra plaza, en figura de trapecio, al fin de la cual empezaba una amplia escalinata.

Sobre la escalinata se levantaba el templo mas grande y venerable del mundo.

En medio de la elipse campeaba, solo y gallardo, un corpulento obelisco, y á un lado y otro, dentro de los semicírculos trazados por las galerías, se veian... no dos fuentes, sino dos montañas de agua.

A la derecha del templo, y fuera ya de la plaza, alzábanse las inmensurables fachadas macizas del *Vaticano*, con sus mil ventanas y balcones...

Y entre todo esto mediaba el espacio, se desenvolvía imponente la distancia, desarrollaba el cielo grandes campos de rutilante azul...

Pero temo que no hayas comprendido todavía las disformes proporciones del cuadro que se dilatava ante mi vista; y á fin de que formes una exacta idea de su magnitud, no vacilo en recurrir al árido lenguaje de los números.

Figúrate una elipse, cuyo mayor diámetro mide 758 pies. Imaginate dos curvas galerías formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas galerías, cuya altura es de 61 pies, coloca 96 estatuas colosales de Santos. Allá, á lo lejos, fingete la fachada de la Basilica, de 370 pies de latitud, por 485 de elevacion desde su pavimento, ya muy alto, hasta la cruz de la cúpula. A los lados de esta fachada añade otras dos galerías rectas, formadas por pilastras, y coronadas tambien de gigantes esculturas. ¡Cuenta, entre todas, 192 estatuas colosales! Repara en que el agua de las fuentes se eleva 40 pies sobre el suelo. Alza los ojos hasta percibir la cruz que corona el *Obelisco* egipcio plantado en medio de la plaza, y asómbrate al ver que su solitaria mole hiende los aires hasta una altura de 140 pies. Advierte, por último, que desde la entrada de la plaza hasta la puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas...

Mas ni aun así creo que consigo que te figures la grandeza y el grandor de aquel lugar.—¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacerte ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las recias columnatas, las amplias líneas con que el templo y el palacio se dibujaban en el cielo, el Océano de aire resplandeciente en que nadaba tanta maravilla, ni mucho menos el armonioso y bello conjunto de todas las cosas que he enumerado?

Avancemos, pues, hácia la Basilica.

Antes de subir la escalinata que la precede, dirigí una mirada hácia la galería de pilastras de la derecha, que se encamina á la gran escalera del Vaticano, y vi bajo los pórticos algunos individuos, vestidos con un pintoresco traje de vivísimos colores y cortado al estilo de la edad media, que se paseaban con una alabarda al hombro.—Eran los famosos *suizos* que dan la guardia al Papa.

Continué avanzando.

Al pie de la triple escalinata por donde se sube á las cinco puertas de la Basilica, hay dos estatuas colosales, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.

Son San Pedro y San Pablo, —el Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los gentiles: las dos grandes columnas de la Fé.

Desde lejos me habia parecido que estas estatuas distaban muy poco del inmensurable templo. Al acercarme á ellas comprendí que la meseta de la escalera que conduce al atrio, es por sí sola una estensa plaza, y cada escalon, una ancha calle.

En cuanto á la Basilica, seguia creciendo, segun yo avanzaba, y se me venia encima, como se dice vulgarmente, agobiándome con su enorme pesadumbre.

La portada de *San Pedro* no es bella bajo el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Aquellas columnas adheridas al muro, y la division de este en puertas y ventanas, son mas propias de un palacio que de un templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó (*C. Maderna*), es la precision en que estaba de colocar en la portada de la Basilica un balcon desde el cual bendijese el Santo Padre á la ciudad y al mundo el primer dia de Pascua de Resurreccion.

Sobre la balaustrada ó ático se ven trece estatuas gigantescas, que representan á Cristo y á los doce Apóstoles, y en cada extremo de la misma hay un reloj.—El de la derecha marca las horas á la italiana, esto es, desde una hasta veinte y cuatro, segun te he esplicado ya.

La catedral, así por dentro como por fuera, está construida, como sabrás, en el estilo del Renacimiento, no habiendo otra razon para que se llame *Basilica*, que el haber sido edificada sobre una que habia levantado Constantino.—Su disposicion arquitectónica es de catedral.

Pero dejemos para despues esta y otras cuestiones de arte; y olvidándonos por un momento de la crítica, penetremos ya en *San Pedro* con la devocion que requiere el caso, mas atentos al espíritu de las cosas, que á la forma artística en que hayan sido espresadas.

He dicho que *San Pedro* tiene cinco puertas por su fachada principal.

Estas dan á un estenso vestibulo ó pórtico, en cuyos extremos laterales se ven dos soberbias estatuas ecuestres;—la de *Constantino* y la de *Carlomagno*.

A *San Pedro* y á *San Pablo*, cuyas estatuas vimos antes, les llamamos las dos grandes *Columnas de la Fé*.—Constantino y Carlomagno son las dos grandes *Columnas de la Iglesia*, sus paladines en el siglo.—El uno puso al servicio de la cruz las águilas romanas, reconoció el cristianismo, lo levantó sobre su trono, legalizó su existencia en el imperio: el otro aumentó los Estados de la Iglesia, los defendió, los aseguró para siempre.—El primero es el escudo, la egida de la Iglesia Romana: el segundo, el mantenedor del reino pontificio.—Hé aqui por qué los sucesores de San Pedro han dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeón de su poder espiritual, y el otro el campeón de su poder temporal.—Como papas y como reyes, los pontífices romanos les debian el alto honor que les han hecho al admitirlos á caballo en el vestibulo de *San Pedro*.

En este mismo vestibulo se ven unas antiguas lápidas procedentes del pórtico de la humilde *Basilica de Constantino* que ocupó aquel lugar. Entre ellas hay una, de mármol negro, en que se lee una Elegia compuesta por Carlomagno en 795, con motivo de la muerte de su amigo el papa Adriano I.

Las lamentaciones del emperador principian de este modo:

Post Patrem lachrymans, Carolus, hæc Carmina scripsi,
Tu mihi dulcis Amor, te modo plango Pater,
Tu memor esto mei, sequitur te mens mea semper:

Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra;
HADRIANUS, CAROLUS, Rex ego, tu que pater.

A las cinco puertas citadas, corresponden otras cinco que dan paso del vestibulo al interior del templo.—Encima de la puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de San Pedro) de Giotto, que tambien fue ejecutada para la antigua Basilica.—La cuarta puerta, contando de izquierda á derecha, está